
A la hora de Pancho Villa

Susana Quintanilla*

Muchos años después de que viera por última vez a Francisco Villa, Martín Luis Guzmán aún se complacía al expresar con voz metálica la más grande incógnita de su vida: ¿Por qué el general no me mandó fusilar o, mejor aún, por qué no lo hizo él mismo?¹ Nellie Campobello repitió la misma pregunta para imaginar lo que ella hubiera hecho con los restos del amado y esbozar la naturaleza astrológica de su buena estrella:

¿Por qué, me pregunto, Martín Luis Guzmán no fue fusilado? Su carne blanca alimentaría la preciosa arena del desierto; sus ojos azules los juntarían mis manos y los tendría apretados hasta que me devolvieran las imágenes de la vida que yo debí haber vivido. El general Villa lo dejó para que nos brindara la sonrisa del hombre al que no quiso fusilar. Porque así dijo el horóscopo de Martín Luis Guzmán. Octubre seis, Martín seguirá y su estrella y su octubre, como en los cuentos rusos, se quedarán estampados en la carátula roja de un libro que nació en Navidad.²

La historia no es oráculo inequívoco para revelar lo que dos hombres igualmente enigmáti-

* Investigadora del Departamento de Investigaciones Educativas del CINVESTAV.

cos quisieron callar. Uno, el guerrillero, debido a que en el desconcierto de sus últimos años la suerte de un "amiguito" más no tenía importancia alguna. El otro, escritor, porque al contar toda la verdad hubiera traicionado al personaje que fue. De los tiempos y circunstancias que compartieron sólo quedan algunos rastros. Vayan cinco episodios creados con estas pistas y un epílogo que bordea la suposición.

I

El seis de octubre de 1913 Martín Luis Guzmán cumplió 26 años. Tenía empleo, dos hijos, esposa y una columna literaria³ que, una vez pulida, podía derivar en obra de mayor alcance. Se sustrajo del caos que era su entorno, buscó la comodidad de la burocracia, se rodeó de referencias bibliográficas y amistades intelectuales y se puso a escribir. En medio de estos afanes fue creciendo en él la necesidad de abandonarlo todo, de cambiar de paisaje, de aire, de comida, de amigos.

Martín Luis Guzmán preparó su viaje con el misterio requerido por las circunstancias y el agregado por las características del viajero. Nadie sabía a ciencia cierta los motivos que lo impulsaron a partir. Él sugirió la existencia de amenazas sobre su persona,⁴ lo que me parece improbable. Victoriano Huerta y sus secuaces eran asesinos

feroces, pero respetuosos de las lealtades entre militares. Sólo en caso extremo hubieran atentado contra la vida del hijo de un coronel del ejército federal que había muerto en el cumplimiento de su deber.⁵ Martín Luis Guzmán no era este tipo de caso. Si algún delito había cometido,⁶ lo más probable es que se le hicieran advertencias para luego castigarlo mediante el desempleo, en la peor de las posibilidades, la cárcel.

La conducta de Martín Luis Guzmán no fue la de alguien que huye de algún peligro inminente. Tampoco fue consecuencia de su compromiso con la revolución o de su rencor contra los verdugos de Francisco I. Madero. Al momento de emprender la marcha no aquilató ni lo uno ni lo otro. Sintió el "impulso lírico" de huir de México entre otras cosas para escapar de sí mismo. Así se lo haría saber por escrito a su amigo Alfonso Reyes,⁷ a quien la explicación no sólo le pareció suficiente sino verosímil y respetable. Bien sabía él, también huérfano de padre militar, que las acciones de los guerreros no necesitan de ninguna causa que las justifique. Basta un anhelo, un morbo, una dolencia o un miedo para que cuerpo y alma se entreguen.⁸

Ésta era la tercera vez que Martín Luis Guzmán se iba a Estados Unidos en condiciones adversas y sin motivos consistentes.⁹ Aunque él mismo no lo reconociera así, padecía una forma particular de la "gran enfermedad", es decir el horror al propio hogar. Pensaba que sería feliz en el lugar donde casualmente no se encontraba y el asunto de cambiar de ámbito era el tema de un diálogo perpetuo consigo mismo. Su naturaleza nómada se imponía sobre las promesas, a la larga incumplidas, de sentar reales en la ciudad de México, que abandonó un martes por la tarde rumbo al puerto de Veracruz para de ahí navegar a La Habana.

Tan pronto el destartalado Virginie zarpó de La Habana para adentrarse en el Golfo, Martín Luis Guzmán aligeró la carga del pasado desprendiéndose de odiosos recuerdos: el trabajo rutinario y mal pagado en la Biblioteca Nacional;¹⁰ la desgracia de su madre y hermanos, quienes alargaban al máximo la mezquina pensión del padre muerto; el forcejeo para redactar tres ensayos mínimos que no gustaron a nadie;¹¹ la

futilidad de las acciones políticas realizadas por sus amistades durante los días posteriores al magnicidio;¹² las exigencias de Pedro Henríquez Ureña, que persistía en el intento de moldearlo; la infelicidad que se filtraba en su propio techo. Todo ello imaginando la putrefacción de los cadáveres que la policía huertista había diseminado por los barrios aledaños a la gran ciudad. Mejor olvidar lo ocurrido desde la madrugada del día nueve de febrero de 1913 y admirar el instante luminoso del rayo verde para luego contrastar su intensidad con la quietud de la desembocadura del Mississippi, avistada por él al rayar el alba de un día otoñal.¹³

La memoria de aquel río asistió a Martín Luis Guzmán y Alberto J. Pani, su compañero de éxodo, durante el ajetreado recorrido por tren de Nueva Orleans a San Antonio, Texas. En cuanto los pasajeros saltaron al terraplén, José Vasconcelos, quien los fue a recibir, gritó a viva voz: "—¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!". Se refería a Francisco Villa, héroe de las fabulosas batallas de Torreón y de Ciudad Juárez.¹⁴

Los viajeros se instalaron en la pequeña casa de la familia Vasconcelos, en la que privó el buen trato entre compañeros de ilusiones. Al paso de las horas la ansiedad por arrimarse a la aventura aumentaba, de modo que Martín Luis Guzmán y Alberto J. Pani se encaminaron de El Paso hacia Ciudad Juárez, cuartel temporal de la División del Norte del Ejército Constitucionalista y sitio en el que Francisco Villa y su futuro biógrafo tuvieron su primera entrevista.

Este encuentro fue una coincidencia de tiempos y espacios, pero trece años después de ocurrido el escritor lo describiría como el descenso hacia una especie de mundo subterráneo. Primero fue el contraste entre el lado norteamericano y el mexicano de la raya fronteriza. Después vino el tránsito de la calle más populosa y menos mal alumbrada de Ciudad Juárez al arrabal lleno de fango, sin luz ni aceras, que el militar había elegido para instalar su guarida. La puerta daba a una pieza baja de piso de tierra. En el rincón más oscuro estaba Pancho Villa recostado en un catre, cubierto con una frazada que no podía ocultar la pistola y el cinto con los cartuchos. Martín Luis Guzmán se acomodó en el borde del lecho,

a un dedo del cuerpo que lo ocupaba. El calor trepó por sus ropas hasta llegar a la carne.¹⁵

Cuenta la leyenda que entre estos hombres surgió una corriente de simpatía. De ser así, lo que funcionó fue la ley de los contrarios que se atraen de forma irremediable. La atracción no fue mutua ni equitativa. Francisco Villa apenas si percibió la presencia del “muchachito”; en cuanto éste se alejó de su vista, se olvidó de él. Martín Luis Guzmán, en cambio, fue afectado por la imagen, mitad humana, mitad animal, del caudillo. No era en seres mitológicos y gráciles como los centauros en los que pensaba el escritor cuando reconstruía el aspecto y el carácter de Francisco Villa. Éste se le aparecía en la forma de jaguar, con todos los defectos de los felinos: ojos que parecen no mirar y lo abarcan todo; zarpas que brotan igual para manifestar placer que para el ataque; voracidad insaciable. Doroteo Arango era una fiera indomesticable, más peligrosa aún fuera de su territorio y frente a estímulos que le eran desconocidos. Quien así lo veía era un joven iluso metido a revolucionario sin otra experiencia que la obtenida mediante los libros y sin saber cómo y por qué había llegado hasta allí.

II

El recuerdo de lo visto, comido y olido por Martín Luis Guzmán en Nueva York¹⁶ se interrumpió con la vista del desierto de Sonora y, horas más tarde, con la fealdad de la ciudad de Nogales. Ahí, el viajante se instaló en el hotel Escobosa, donde obtuvo papel y pluma para escribirle a “su muy querido” Alfonso Reyes, de quien acababa de recibir dos postales, una de septiembre y la otra de octubre de 1913, enviadas desde París. Aquel 24 de febrero de 1914, Martín Luis Guzmán imaginó a su amigo llevando una vida “increada y eterna, una e indivisible, estática, perfecta y limitada”. En contraste, la de él mismo le parecía intensa y salvaje. El horror a la finalidad lo había vuelto incongruente e imprevisor; su amor a lo espectacular lo condujo a la holgazanería.¹⁷

Tan pronto como recibió la carta, Alfonso Reyes redactó la respuesta. “No me hable usted de

filosofía —le pidió al amigo— dígame si existe, si no es Ud. un mito solar, si está pobre o rico, qué come, qué hace (con las manos, nada de ideas), qué va a hacer mañana”.¹⁸ Pero el tema filosófico era inevitable, y el mismo Alfonso Reyes recayó en él:

Tengo ya hecho un principio de ensayo sobre el misticismo como condición de la vida activa (es decir: el caso de Ud., se me figura que ni es el mío ni lo conozco, olvidándose, ingrato, de que yo inventé entre nosotros el concepto de las cosas vitales, y de que soy el creador —a pesar de lo que diga Pedro— de la teoría del Impulso Lírico)... Y bien, dejando pedanterías, este ensayo pudiera alargarse a un libro, pues ya entró a su segundo capítulo que tratará del ideal de la caballería andante, o sea el amor a la aventura por ella misma: si Ud. quiere, deme datos de su vida, para citarlo en un apéndice.¹⁹

Alfonso Reyes tuvo que componer su ensayo sobre el misticismo activo inspirándose en fuentes más lejanas. Una vez pulido, lo incluiría en *El suicida*, publicado en 1917 pero producido con base en retazos hechos años atrás.²⁰ El tono autobiográfico de sus páginas, el enlace entre ficción y realidad que hay en ellas, me invita a imaginar que en el momento de redactarlas su autor pensaba en modelos reales sacados de entre sus conocidos. En la descripción del anacoreta que “cierra los ojos para que el mundo no le robe la virtud de las miradas” reconozco rasgos propios de Pedro Henríquez Ureña: el apego a lo doméstico y a las costumbres adquiridas, la agorafobia, el encierro en bibliotecas bien surtidas y esas “bibliográficas pantuflas” sin las cuales no se sentía cómodo al escribir.²¹ También hallo en el retrato del soldado algunas características de Martín Luis Guzmán, o más bien del tipo de hombre y de mito en el que se iba a convertir Martín Luis Guzmán. Veamos por qué.

De los vestigios que restan de aquel trozo de su vida se puede inferir que durante su cuarta estancia en Estados Unidos el turista Martín Luis Guzmán adquirió pistolas, parque, cargadores, una pluma fuente, gemelos y catálogos de

cirugía destinados a las tropas de Ramón Iturbe,²² a las que pensaba alcanzar en Sinaloa. Sin embargo, su vida dio un nuevo giro: Venustiano Carranza dispuso adscribirlo a alguna de las dependencias de la Primera Jefatura. La negra perspectiva de sumarse al séquito carrancista, en el que a su modo de ver “florecían viciosamente la intriga y la adulación más baja”, lo impulsó a pedirle a don Venustiano que le autorizara su alta en el cuerpo del ejército del noroeste, al lado de Álvaro Obregón. Tenía ya pistola, caballo y catre de campaña, pero el Primer Jefe frustró sus deseos y le ordenó que se trasladara de Nogales a Ciudad Juárez.²³

El novelista recordaría su parada en Ciudad Juárez como una sucesión de días infernales transcurridos en una especie de beaterío laico masculino. Telegramas resguardados en su archivo personal indican que durante esas horas de aburrimiento elaboró un proyecto para la fundación de un diario y un semanario constitucionalistas.²⁴ Álvaro Obregón aprobó el plan, dispuso la entrega de 300 dólares para llevarlo a cabo y les deseó éxito a sus promotores.²⁵ También el general Ramón Iturbe manifestó su complacencia ante el “patriótico propósito” de fundar un diario de combate.²⁶

Pese a los buenos augurios y a los fondos invertidos, la empresa editorial no se llevó a término. Es factible que la causa del fracaso fuera un boicot por parte del bando carrancista, cada día más receloso respecto al villismo y más amenazador para con quienes se acercaran a él. O tal vez no hubo sabotaje alguno y lo que sucedió fue que Martín Luis Guzmán quebrantó el compromiso, Álvaro Obregón quiso cobrarse la falta y Francisco Villa protegió al incumplido. Lo cierto es que Martín Luis Guzmán perdió la confianza, si alguna vez se la dieron, de los leales a Venustiano Carranza.²⁷ A cambio, tuvo la gracia de los villistas. Aunque había rechazado la oferta de obtener un nombramiento militar, él era uno de los muchos civiles al servicio del estado mayor de la División del Norte. Aprovechó esta relación con los altos mandos para emprender negocios vinculados con el comercio de artículos y de divisas.²⁸

Si Martín Luis Guzmán se acercó al entorno

inmediato de Francisco Villa no fue sólo debido a que ahí existía la manera de atenuar carencias económicas. Tampoco fue decisivo que compartiera con el caudillo odios personales contra Pascual Orozco, estratega de las tropas que en diciembre de 1910 habían tendido la emboscada del cañón de Malpaso en la que fue herido de muerte el coronel Martín Luis Guzmán Rendón, padre del escritor. La esperanza de algún día volver a tomar la pluma y escribir, ahora sí, algo a su manera y a su gusto, fue lo que encaminó a Martín Luis Guzmán hacia la sombra del caudillo del norte. Era un hombre entrenado en las artes del periodismo e instruido en la lectura de textos en los que la guerra era el personaje de la trama, y no sólo el escenario. Intuía que los acontecimientos de su alrededor, más aquellos que le llegaban a través de los narradores que rondaban por los cuarteles, eran venero para el tipo de literatura que se proponía hacer. En tanto el tiempo de ello llegaba, disfrutó la camaradería viril a la que lo había acostumbrado su infancia entre militares, saboreó viandas, prestó oídos a historias contadas con los más diversos modismos, aprendió palabras nuevas para nombrar objetos y sentimientos que descubría. Llevaba con él un cuaderno en el que anotó a mano lo que veía y escuchaba.²⁹

III

Conforme el tren el Mexicano avanzaba en su trayecto del puerto de Veracruz a la ciudad de México, el agente villista Martín Luis Guzmán revivía con mayor intensidad la tarde de la traición de Victoriano Huerta y las horas que la siguieron. Habían pasado 18 meses desde entonces y los resortes vengadores aún brotaban de su alma. Sentía coraje contra los capitalinos que tan odioso papel habían hecho durante el hueratismo. Pero de ahí a pensar que eran cobardes y que había que humillarlos existía una distancia abismal, la que separa la diplomacia de la caballería. Si la capital de la república era una mujer caprichosa, se le antojaba más el reto de seducirla que la revancha de ultrajarla.

En cuanto se apeó del tren, Martín Luis Guzmán pulsó el ritmo, vertiginoso y caótico, de aquellos días. Presumo el desorden que había en la estación de ferrocarril, atiborrada de militares federales en plena estampía, de civiles ansiosos de librar las represalias que pendían sobre ellos por haber colaborado con el régimen usurpador y de ciudadanos comunes que huían de acechanzas posibles o ficticias. El 2 de agosto de 1914, después de discutir con el presidente interino Francisco Carvajal los mecanismos para entregar la plaza a los constitucionalistas, Federico Gamboa escribió en su diario: "Se trata, no ya de defender principios en que nadie cree o abstracciones y quimeras inconsistentes; se trata de poner a salvo el harapo de civilización humana que nos queda entre nuestras manos ensangrentadas y fratricidas; se trata de que no perezca un centro social en que palpitan y viven seiscientos mil almas".³⁰

Por el momento, Martín Luis Guzmán no compartía la visión de los vencidos. Ante él se abría de nuevo "todo un mundo de alegría serena cuyo valor esencial estaba en la realización perenne del equilibrio; equilibrio del trazo y el punto, de la línea y el color, de la superficie y la arista, del cuerpo y el contorno, de lo diáfano y lo sólido". Ebrio de claridad, no tuvo ojos sino para ver los majestuosos volcanes, la ola arrolladora del Ajusco y la austera belleza del Zócalo. La mera vista de las montañas del valle restituyó su espíritu al eje de su origen, como si recuperara una forma más fácil de ser y de moverse dentro del universo. En el ambiente del México viejo, "al influjo de la perfecta rectitud de sus calles, en lo espacioso de su gran plaza, bajo la sombra florida de sus jardines, dentro del misterio de su bosque", todo era posible.³¹

Martín Luis Guzmán deambuló por estos lugares a bordo del automóvil, seguramente confiscado a algún funcionario huertista, que se le dio en atención a su cargo en la policía metropolitana y de su nombramiento, no oficial, como representante personal de Francisco Villa. Le gustaba recorrer de punta a punta el Paseo de la Reforma. En algún tramo de este recorrido avistó a Julio Torri, parado en una banqueta. Martín Luis Guzmán aminoró la velocidad del vehículo, se descubrió la cabeza e hizo ademán de saludo con

brazos y tronco. Después pulsó el acelerador para reemprender camino. Por más que corrió tras el coche, Julio Torri no pudo alcanzarlo.³² Así era Martín Luis Guzmán: errático, de movimientos caprichosos e impredecibles, a veces luminoso y en otras opaco. Por algo sus viejos amigos del Ateneo de la Juventud se referían a él con el mote de "Estrella de Oriente".

Este incidente ocurrió el 16 de agosto de 1914, horas después de que las tropas comandadas por Álvaro Obregón marcharan del pueblo de Tacuba a Palacio Nacional. Según Julio Torri, la capital estaba en completo orden. Y aunque no fuera así, Martín Luis Guzmán disfrutó el desfile, aderezado con el sabor de la victoria. Estaba a la espera de un nombramiento, cualquiera que fuera, en el Despacho de Instrucción Pública, y de instrucciones del comando villista sobre cómo actuar en el escenario político creado por el enfrentamiento, cada vez más intenso, entre Venustiano Carranza y Francisco Villa. Al paso de los días iría constatando que, una vez mancillada por la turba provinciana, la metrópoli era otra. Había concordancia entre los hatajos revolucionarios y sus paisajes naturales: agrestes, rústicos, algo salvajes los dos. En las calles y los edificios urbanos el equilibrio se rompía para poner al desnudo impúdico las carencias de la revolución. Era un visitante asiduo de la majestuosa residencia en la calle de los Héroes confiscada a Joaquín Casasús y convertida por las fuerzas de ocupación en posada y cuartel del general de caballería Lucio Blanco.

Martín Luis Guzmán utilizó esta simbólica mansión como barómetro para verificar la capacidad depredadora de los norteños. Primero participó en el saqueo de la nutrida cava acumulada por don Joaquín en sus días de científica gloria; después atestiguó los jaleos para que la también excelsa biblioteca no quedara en manos de "coahuilenses semileídos". Poco a poco la cleptomanía vació salones antes repletos. Lo que se salvó iría perdiendo lustre y sentido. Los salones iban acumulando pequeños estragos. El visitante que no dejaba caer la lumbrera o la cerilla sobre las costosas alfombras quemaba las finas maderas del piso, o plantaba los dedos sucios sobre los tapices y las colgaduras, o dejaba la grasa o el barro

de los zapatos en el raso de las sillas.³³ Entre un estropicio y otro, se iba fraguando la posibilidad de reunir a los generales y a los civiles descontentos en contra del Primer Jefe y de arrebatárle el poder que había acumulado. En la casa de los Héroes hervían intrigas y esbozos de complots.

El 4 de septiembre de 1914, un día después de que Álvaro Obregón y Francisco Villa firmaran el primero de sus fallidos acuerdos, Martín Luis Guzmán fue nombrado secretario interino de la Universidad Nacional.³⁴ Antes de tomar posesión de este cargo,³⁵ viajó a Chihuahua en compañía de Carlos Domínguez con el propósito de informar a Francisco Villa acerca de la situación en la sede del poder y la misión secreta de transmitirle las ideas y el sentir de Lucio Blanco respecto al Primer Jefe. Eran portadores de noticias frescas y esperaban llevar de regreso algo que manifestara la disposición de Francisco Villa para entablar negociaciones con los constitucionalistas inconformes. La desconfianza del caudillo hacia “los carranclanes”, su protagonismo y disposición a concentrar en él todas las decisiones, hacían improbable el éxito de la empresa, pero había que intentarlo.

El jefe de la División del Norte escuchó los informes de sus “amiguitos” acerca de la intención de Venustiano Carranza de crear un gobierno autocrático y la resolución de “los soldados del pueblo” de evitar que ello ocurriera. Consultó con ellos la sinceridad de Álvaro Obregón y la conveniencia de continuar con él los trámites de un posible arreglo. El “muchachito” Martín Luis Guzmán expuso sus dudas sobre esto último y aprovechó la oportunidad para enumerar las cualidades de Lucio Blanco y describir el ambiente en favor de una candidatura alterna a la de Venustiano Carranza. Francisco Villa propuso a Felipe Ángeles y ordenó que en adelante se trabajara para que fuera designado presidente provisional de la república. Martín Luis Guzmán replicó que si ése era el mandato él lo cumpliría, pero que no creía que Felipe Ángeles fuera un hombre que suscitara ni consenso ni confianza.

El desplante de Martín Luis Guzmán enojó a Pancho Villa, cuyas iras eran conocidas por sus

letales efectos. Martín Luis Guzmán se adelantó al ataque e hizo un desesperado esfuerzo para saldar el asunto que se había propuesto cumplir. Se le ocurrió decirle al “jaguar” que como gesto afectuoso le mandara a Lucio Blanco la fusta que traía al cincho. Francisco Villa se desabrochó el cinturón, entregó el arma con todo y canana y pidió que se le advirtiera a Lucio Blanco que tuviera cuidado, ya que ésa era una pistola muy chiripera. Tan pronto se sintió desarmado, se puso de espaldas contra la pared y gritó que alguien le diera un arma. Luis Aguirre, su secretario particular, le alargó una escuadra calibre 32. Sonriente, el guerrero vació uno a uno todos los cartuchos, los volvió a acomodar en el cargador, metió éste en la culata, cortó cartucho y, apuntando a la frente de Martín Luis Guzmán, le dijo que le platicara cualquier cosa.

La boca del cañón estaba a medio metro de la cara de Martín Luis Guzmán, quien “veía brillar por sobre la mira los resplandores felinos del ojo de Francisco Villa. Su iris era como de venturina: con infinitos puntos de fuego microscópicos. Las estrías doradas partían de la pupila, se transformaban hacia el borde de lo blanco en finísimas rayas sanguinolentas e iban desapareciendo bajo los párpados. La evocación de la muerte salía más de aquel ojo que del circulito oscuro en que terminaba el cañón. Y el uno y el otro no se movían ni un ápice: estaban fijos, eran de una pieza. ¿Apuntaba el cañón para que disparara el ojo? ¿Apuntaba el ojo para que el cañón disparase?”³⁶

De ser cierta, ésta fue la ocasión en la que Martín Luis Guzmán estuvo más cerca de la mira de Pancho Villa y de la muerte violenta.³⁷ Le salvó el ingenio de las palabras engarzadas en la siguiente frase: “pues no vaya también a ser ésta una pistola chiripera”.

IV

El día 18 de octubre de 1914, en su paso por la ciudad de México hacia el cuartel de Emiliano Zapata, el general Felipe Ángeles fue al Palacio de Lecumberri para notificar a los villistas ahí presos por instrucciones de Venustiano Carranza

que la Soberana Convención instalada en Aguascalientes había ordenado su liberación inmediata.³⁸ Reos, libertadores, autoridades carcelarias y amigos se reunieron en el patio de la Penitenciaría para hacerse fotografiar. Al frente, los jefes militares lucen atuendos de campaña que acentúan la elegancia del ingeniero Manuel Bonilla, el más viejo e ilustre de los encarcelados. A la orilla, vestido con traje blanco, sombrero en mano, el general Rafael Buelna, joven con rostro de niño, hace honor a su leyenda y su hermosura. En la segunda fila posa la comitiva nombrada por la Convención para entrevistarse con el Caudillo del Sur. Tras ella, de pie sobre un taburete improvisado, los presos políticos. Martín Luis Guzmán es el cuarto de esta hilera y el de menor talla.³⁹ La barba y el desaliño acentúan la claridad de sus ojos, que miran hacia un punto indeterminado. Parece como si él fuera parte de otro escenario, de otro tiempo.⁴⁰

Horas después de que la cámara captara este momento, los convictos fueron trasladados en automóviles de alquiler a la estación de Colonia del Ferrocarril Nacional. Pasaron frente a los escaparates de La Esmeralda, la verja de La Profesa y las puertas iluminadas de El Globo, para luego enfilarse por la Alameda. Ya en los andenes se les unirían sus familias, prestas a partir con ellos. El tren comenzó su marcha. Al rebasar la parte cubierta de la terminal Martín Luis Guzmán escuchó la canción de "La golondrina", interpretada por la banda militar que había alegrado sus tardes de encierro carcelario.

El destino de esta galera ambulante era Matamoros, de donde los pasajeros serían conducidos hacia territorio norteamericano en cumplimiento de la orden de exilio en su contra. Sin embargo, corrían rumores confiables de que Venustiano Carranza había planeado poner a los reos a disposición de un general rencoroso que ya había aleccionado a su tropa para que no errara el blanco. A la altura de Monterrey el tren que acercaba a esta comitiva hacia fin tan traicionero fue interceptado por tropas leales a la Convención, que desengancharon el vagón en el que viajaban los prisioneros, lo empalmaron a una locomotora que iba en sentido contrario y lo escoltaron hasta la ciudad de San Luis Potosí.⁴¹ De

ahí a la bienaventuranza revolucionaria había sólo unos cuantos kilómetros.

El 22 de octubre de 1914, tras cuatro días de viaje, los excarcelados entraron al teatro Morelos de la ciudad de Aguascalientes, asiento de la Convención Militar. Tres delegados salieron al vestíbulo para darles la bienvenida y acompañarlos al interior del recinto. Cuando entraron, los miembros de la mesa directiva se pusieron de pie. Antonio Villarreal, su presidente, tocó la campanilla en demanda de silencio y dijo: —Señores, la Convención ha ordenado que se les ponga en libertad. Eso es todo: están ustedes libres.

Día tras día Martín Luis Guzmán ocupaba su lugar en la platea del teatro Morelos para presenciar el espectáculo de la revolución, que a veces se resolvía en risa, otras dejaba el ánimo perplejo y de cuando en cuando "limpiaba fugazmente los espíritus al toque de cierta grandeza estética". Era un espectador agradecido que sabía poner cara grave cuando la situación así lo requería, reírse a carcajadas en los momentos de jolgorio y guardarse para sí lo cómico de situaciones dramáticas.⁴² Cuando se hastiaba de los discursos interminables de los delegados del sur, buscaba aire y tertulia en la arbolada plaza de la ciudad de Aguascalientes. Al menos en una ocasión compartió banca con los periodistas Carlos Quiroz y Arturo Cisneros, el general Eugenio Aguirre Benavides y los coroneles Guadalupe Sánchez y Vito Alessio Robles.⁴³ Portaba traje oscuro, sombrero de ala corta y botines bicolores. Días antes, durante la primera de sus excursiones al pueblo de Guadalupe, centro de operaciones de los Dorados, el agradecido, sonriente y juguetón Pancho Villa le había expresado su simpatía y su intención de resarcirlo por las penalidades padecidas durante las tres semanas pasadas en la penitenciaría de la ciudad de México.⁴⁴

Martín Luis Guzmán comenzó a sentirse incómodo en ese ir y venir de generales, intrigas y noticias que era la Convención. Sabía que algo grave se estaba tramando y lo inquietaba no saber cuál era su papel en el reparto. Su aureola de víctima temprana del carrancismo se diluía conforme el desenlace de la trama se acercaba. Sus relaciones con Francisco Villa lo habían alejado de los militares con los que había convivido en

Culiacán, de dulce recuerdo. Tampoco Alberto J. Pani, Isidro Fabela y Luis Cabrera, viejos compañeros del Ateneo y ahora funcionarios carrancistas, confiaban en él.⁴⁵ Menor aún era la seguridad del grupo de independientes, José Vasconcelos entre ellos, que encabezaba las negociaciones entre los distintos bandos.

Martín Luis Guzmán no era un político experimentado, pero sí un hombre astuto y con instinto de supervivencia. Había aprendido a retirarse de la mesa de juego sin dilapidar ganancias. Tenía que capitalizar su fama antes de que ésta perdiera lustre o se revirtiera en su contra. Y como la distancia ayuda a la leyenda, planeó un viaje a Chihuahua, zona franca del villismo.

La noche antes de su partida, Martín Luis Guzmán hizo una última apuesta: reunir, por vez primera, a dos hombres que en varias ocasiones habían manifestado su admiración hacia el otro, Francisco Villa y José Vasconcelos. El sitio en el que ocurrió la cita fue el furgón que hacía las veces de casa, leonero y cuartel del caudillo. La historia de lo que ahí ocurrió varía según quien la cuente. Hasta el número y los nombres de los personajes difieren de una versión a otra. Según Martín Luis Guzmán, el elenco de los civiles, José Vasconcelos, Enrique Llorente y él, superaba al de los militares, cuyo único representante era el propio Francisco Villa.⁴⁶ José Vasconcelos agregó a la lista “media docena de profesionales del asesinato a mansalva”, entre los que estaban Rodolfo Fierro, bestia hermosa, y “El pancitas”, un ex carnicero experto en meter tiros en la frente.⁴⁷

En su relato de las horas pasadas en la estrechez del carricoche, Martín Luis Guzmán describe a un Pancho Villa que sólo en el físico se parecía al de costumbre. Contra lo habitual, se mostró afectuoso, se desveló hasta la comparecencia de la madrugada y pulió sus dotes de conversador para divagar acerca de los misterios del sueño y cautivar a sus convidados con una historia ocurrida en los albores de la revolución. Sus escuchas cayeron en el hechizo de las palabras y de los gestos. Enrique Llorente dejó que en sus labios se dibujara una sonrisa entre conmovida y triunfante; José Vasconcelos, “propenso siempre a la simpatía y respetuoso de los fulgores, persistentes o fugaces, de auténtica humanidad, ha-

bía palidecido”. Martín Luis Guzmán sólo observaba.⁴⁸

La crónica de José Vasconcelos es más breve y menos entusiasta que la anterior. De acuerdo con ella, tanto la plática como las viandas fueron desabridas. El tiempo se les fue en oír historias con un solo personaje, Francisco Villa, que no hablaba sino de sí en disco fatigoso. Al filo de la medianoche el enfadoso monólogo acabó.⁴⁹ Cada uno de los civiles partió a rumbo distinto: Enrique Llorente a Washington, Martín Luis Guzmán a Chihuahua y José Vasconcelos de vuelta a Aguascalientes.

V

Menos de una semana después de que llegara a su natal Chihuahua, Martín Luis Guzmán regresaría a tierras hidrocálidas para recibir un cargo especial en el Ministerio de Guerra.⁵⁰ De ahí se encaminó hacia la ciudad de México, que en el deporte mexicano de la guerra civil “hace el papel de las copas en los torneos atléticos: quien la tiene saborea el triunfo, se siente dueño del campeonato político, mantiene su *récord* por encima del de los demás, así esté expuesto a perderlo a cada minuto en manos de los audaces que quieran y sepan arrebatarla”.⁵¹ Por lo pronto, el botín había sido abandonado por el Primer Jefe y retenido por las milicias de Eufemio Zapata.

A lo largo del día 2 de diciembre de 1914, los trenes con las tropas, los delegados y el gabinete de la Convención se alinearon, llegados de distintos puntos, sobre las vías aledañas al pueblo de Tacuba. Mientras el festejo ocurría, una pequeña comitiva acompañó a Eulalio Gutiérrez a la capital de la república con el propósito de inspeccionar, previamente a su entrega pública, los recintos del Palacio Nacional. En sus anteriores visitas, este inmueble se le había mostrado a Martín Luis Guzmán idéntico a sí mismo; “puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos” le produjo el efecto de algo incomprensible. El contraste entre la figura zafia de Eufemio Zapata y el refinamiento de la escalera por la que éste ascendía a los aposentos de la presidencia le evidenció la incoherencia de aquellos días históricos. Pronto

tendría que aceptar que su presencia en la comarsa era un desatino: “el de los civiles que se meten a políticos y terminan como instrumentos adscritos a criminales disfrazados de gobernantes”.⁵²

Tres días después de que el escritor tuviera su primer encuentro en vivo con los campesinos de Morelos, el ejército de la Convención desfiló por Chapultepec, Anzures y Paseo de la Reforma. Al frente iban Francisco Villa y Emiliano Zapata, vestido el primero con uniforme militar de gala y el segundo con traje de charro. Las divisiones del norte lucían mejor que las del sur pero eran tan remisas como éstas a dejar en manos de otros la conducción de los asuntos públicos. Como anticipo de lo que vendría, mientras las tropas continuaban su marcha por las avenidas, los dos héroes se internaron en Palacio para jugar alrededor de la silla presidencial.⁵³

La pugna, primero solapada, después franca, entre los “políticos independientes” y los cabecillas militares alcanzó niveles dramáticos.⁵⁴ José Vasconcelos, a la sazón ministro de Instrucción Pública, sufrió el acoso del zapatista Juan Banderas, conocido como “El agachado”, quien quiso cobrarse a balazos una vieja ofensa. La amenaza no podía ser echada en saco roto: días antes, en el hotel Cosmos, “El agachado” había asesinado a tiros al general Garay, lugarteniente y amigo de Rafael Buelna.

Desde su despacho en el Ministerio de Guerra, el estratega Martín Luis Guzmán hacía malabares para perjudicar a sus aliados de Morelos, a los que culpaba del deterioro sufrido por las fuerzas de la Convención. Se dio tiempo para gestionar su nombramiento como director de la Biblioteca Nacional,⁵⁵ atender algunos asuntos de la Universidad y discutir propuestas para dotar de autonomía a esta institución.⁵⁶ Ello aconteció cuando aún podía transitar libremente por sus viejas comarcas y comer en el restaurante Sylvain. Ahí estuvo, a un flanco de Roque González Garza, en el banquete ofrecido por los jefes de las divisiones del Norte y del Sur en honor de José Isabel Robles.⁵⁷ Después comenzó a vivir a salto de mata, de hotel en hotel, con pistolas cargadas al cinto, perseguido por los zapatistas e incómodo entre sus viejos compañeros de aventuras.

Lo que ocurrió con Martín Luis Guzmán la ma-

drugada del 16 de enero de 1915, fecha en la que Eulalio Gutiérrez y un destacamento de funcionarios y soldados abandonaron a hurtadillas la ciudad de México, es aún motivo de intriga. Él afirmaría que fue parte del grupo que “destituyó” a los patronos militares, planeó el escape del gabinete, hizo una última y desesperada convocatoria a la civilidad e intentó negociar con Álvaro Obregón una campaña común contra Francisco Villa. Si no formó parte de la descubierta que huyó a Pachuca fue porque la noche que ello fue decidido no durmió en su casa y no recibió los recados que ahí se le habían dejado. A la mañana siguiente intentó alcanzar a los fugitivos, pero le fue imposible hacerlo. Roque González Garza, nombrado horas antes presidente de la república por lo que sobraba de la Convención, le cerró el paso para después ofrecerle un ascenso en su rango militar. Aceptó el ofrecimiento sólo para salvarse del peligro inmediato y obtener un salvoconducto que le permitiera burlar los retenes que sitiaban la ciudad.⁵⁸

La trama escrita por Martín Luis Guzmán resulta verosímil y hasta convincente. También lo es la de José Vasconcelos, quien acusó a Martín Luis Guzmán de difundir inexactitudes y soslayar los motivos de la ruptura entre Eulalio Gutiérrez y la Convención. Según José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán conocía perfectamente el plan y sabía dónde y cuándo presentarse para ejecutarlo. Su incumplimiento no se debió a falta de información, sino a que “se sentía obligado con Francisco Villa”.⁵⁹

Cualquiera de estos relatos puede ser cierto; lo más probable es que los dos contengan dosis de verdad. En todo caso, la situación de Martín Luis Guzmán era hartamente delicada. José Isabel Robles, su jefe inmediato, se había unido a la comitiva de Gutiérrez y era un desertor de la División del Norte, por lo que se dictaron órdenes de aprehensión y juicio sumario en su contra. Su defección había acrecentado los rencores de los zapatistas hacia los “norteños” y herido a profundidad los sentimientos de Francisco Villa, quien siempre había confiado en la inteligencia, la cultura y la valentía de este joven y apuesto general.

Una vez pasada la confusión inicial, Martín Luis Guzmán buscó refugio en la casa de Vito

Alessio Robles, gobernador del Distrito Federal, desde donde hizo circular la especie de que pronto se iría en busca de Pancho Villa. Y así fue, pero en lugar de partir pronto y solo como lo requería su hipotético plan de reunirse con Eulalio Gutiérrez, lo hizo en compañía de los periodistas Fernando Galván, Luis Zamora Plowes y Luis G. Malvárez.⁶⁰ Todo indica que el viaje comenzó al tiempo que las milicias convencionistas sufrían sus primeros descalabros, Álvaro Obregón se dirigía a la ciudad de México, la Convención preparaba su huida a Cuernavaca, Eulalio Gutiérrez lamentaba su soledad y Francisco Villa reorganizaba fuerzas para reconquistar Guadalajara. La diáspora había comenzado. Cuando terminó, casi todos los compañeros de aventuras revolucionarias de Martín Luis Guzmán habían muerto.

El grupo de periodistas alcanzó a los Dorados en la ciudad de Aguascalientes. Martín Luis Guzmán se dirigió directamente al fortín, sin pasar al hotel. Cuando llegó al campamento, le informaron que Francisco Villa andaba de paseo. Después de varias horas de espera, Martín Luis Guzmán lo vio venir montado en una yegua colorada. El centauro sejó, se apeó de la montura y fue hacia el visitante, al que había reconocido desde lejos. Subieron juntos a un vagón. Rodolfo Fierro estaba ahí; volteó la mirada y quiso hablar pero su patrón lo atajó: —“Siéntese, siéntese amiguito, no me cuente sus derrotas”. Pese a los reveses de su campaña, Pancho Villa estaba contento. Al tiempo que sorbía un vaso con leche y comía un trozo de camote asado prestó oídos a lo dicho por Martín Luis Guzmán y le ofreció el puesto que su secretario había dejado.⁶¹ A las diez de la noche ambos se dirigieron al convoy en el que el escritor, previamente dotado de mil pesos y doscientos dólares, viajaría al norte supuestamente para buscar a su familia y regresar de inmediato a las órdenes de su jefe.⁶² Minutos después el tren corría veloz entre las sombras de la noche.⁶³

Epílogo

¿Por qué el general en jefe de la División del Norte no acató la orden de fusilamiento presunta-

mente dictada en contra del desertor Martín Luis Guzmán? No era, es verdad, hombre dado a cumplir encargos de terceros, mucho menos si éstos contravenían sus propios latidos. Sí fue, en cambio, persona de instintos homicidas, sobre todo cuando se cansaba de quienes antes lo habían servido y lisonjeado. Eso bien lo sabía Martín Luis Guzmán, quien presencié de lejos el triste fin del valiente David Berlanga, a quien Pancho Villa mandó matar “porque era un perrillo faldero que siempre le estaba la- drando”.⁶⁴

Se entiende que el guerrillero incumpliera un mandato del presidente provisional de la república, a quien veía como un empleado a su servicio. Menos comprensible resulta que, sin pelotón ni ritual previo, no extendiera la mano hacia su inevitable pistola y disparara la bala que meses atrás, por un motivo de menor gravedad que el de ahora, no había dejado caer sobre la frente de Martín Luis Guzmán. Con excepción de Felipe Ángeles, nadie del círculo villista le hubiera reprochado esta acción; incluso algunos la hubieran visto como un escarmiento para todos los civiles que habían abandonado la ciudad de México y como una demostración de fuerza frente a los titubeos de los generales Rafael Buelna y Lucio Blanco, amigos personales de Martín Luis Guzmán.

La muerte de Martín Luis Guzmán hubiera causado mayor congoja entre los funcionarios carrancistas instalados en Veracruz que en los simpatizantes de la Convención. Sin embargo, a sus viejos camaradas del Ateneo de la Juventud el asesinato les habría reportado beneficios políticos; sería la constatación de la imposibilidad de tratar con el Centauro del Desierto y un ejemplo para ilustrar la suerte que correrían quienes coquetearan con el villismo.

Si Francisco Villa retuvo la pistola en el cincho no fue por consideraciones sobre las posibles consecuencias del crimen, sino porque la posible víctima, diestro en el arte de la retórica, supo remontar la situación. No fueron palabras de arrepentimiento ni de alabanza las que dijo Martín Luis Guzmán; ni las quería ni las necesitaba el general. Éste oyó informes de lo acontecido los últimos días del gobierno de Eulalio Gutiérrez,

de la forma como éste había huido de la ciudad de México y de sus intenciones a futuro.⁶⁵ También supongo que entre ambos, el guerrillero y el escritor, confabularon algún plan para resarcir en el extranjero la imagen del villismo,⁶⁶ deteriorada por los homicidios y los abusos ocurridos en la capital de la república. Concluyo, con base en estas suposiciones, que si Martín Luis Guzmán logró llegar a Torreón, y de ahí a Chihuahua

para luego cruzar la frontera por Ciudad Juárez e instalarse en El Paso, fue porque tenía la venia de Francisco Villa. Pero en 1926, año en el que apareció por entregas a *El Universal* la primera versión de *El águila y la serpiente*, decir esta verdad hubiera sido un desatino. También lo hubiera sido persistir en el título de *A la hora de Panchito Villa* imaginado por el autor para investir su primera novela.

Notas

¹ Nellie Campobello, "Martín Luis Guzmán, a propósito de *El hombre y sus armas*", *Ruta*, IV época, núm. 6, 15 de noviembre de 1938, p. 384.

² *Ibid.*, p. 385. La autora juega con la fecha de nacimiento de Martín Luis Guzmán, 6 de octubre, la revolución en Rusia y la publicación del primer volumen de *Memorias de Francisco Villa*.

³ Martín Luis Guzmán se había casado en julio de 1909 con Ana West. Su primogénito, también de nombre Martín Luis, nació en 1910; su segundo hijo, Hernando, nació en 1912. La columna literaria a la que me refiero fue bautizada con el nombre de "Los viajes de Puck" y apareció en sólo dos ocasiones en la revista *Nosotros*, números 5 y 6, correspondientes a los meses de septiembre y octubre de 1913.

⁴ Según Pedro Henríquez Ureña, la partida de Martín Luis Guzmán ocurrió un martes por la noche de la segunda quincena de octubre de 1913, después de que *El Imparcial* acusara a Alberto J. Pani, amigo cercano de Martín Luis Guzmán, de colaborar en actividades subversivas. De acuerdo con esta misma fuente, fue Jesús T. Acevedo quien aconsejó la huida, sin aclarar el grado de gravedad del asunto. La esposa de Martín Luis Guzmán pudo cobrar el salario de su marido correspondiente al mes de octubre, pero luego se quedó a merced de amigos y familiares. Véase Pedro Henríquez Ureña/Alfonso Reyes, *Correspondencia (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 205-206.

⁵ El coronel de Infantería del Ejército Federal Martín Luis Guzmán Rendón murió en diciembre de 1910, como consecuencia de la herida de bala que había recibido días atrás durante el combate ocurrido en el Cañón de Malpaso, Chihuahua, entre tropas federales y rebeldes orozquistas.

⁶ Durante los días posteriores a la Decena Trágica, Martín Luis Guzmán colaboró con Alberto J. Pani y otros maderistas en el periodiquillo de oposición llamado *El Honor Nacional*. Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1950, vol I, pp. 180-181.

⁷ Martín Luis Guzmán, *Guzmán/Reyes: Medias pa-*

labras. Correspondencia (1913-1959), México, UNAM, 1991, pp. 81-82. Edición y prólogo de Fernando Curiel.

⁸ Alfonso Reyes, "El suicida", *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, t. III, pp. 274-279.

⁹ De agosto de 1909 a diciembre de 1910, Martín Luis Guzmán vivió en Phoenix, Arizona, donde desempeñó el puesto de escribiente del Consulado de México. Su segunda estancia en Estados Unidos, ésta en Nueva York, ocurrió a mediados de 1913 y duró cerca de una semana.

¹⁰ Martín Luis Guzmán trabajó desde mediados de 1911, con altas, bajas y licencias de por medio, como ayudante de bibliotecario en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional. En julio de 1913 le fue concedida una licencia en este cargo para ocupar la secretaría de la Biblioteca Nacional, bajo la dirección de Luis G. Urbina y en sustitución de Eugenio Zubieta. El 31 de octubre de ese año le fue concedida una licencia sin goce de sueldo de dos meses. Cuando esta licencia concluyó, y al no haberse presentado Martín Luis Guzmán a trabajar, el presidente Victoriano Huerta declaró "insubsistente" el nombramiento. Véase: UNAM, Archivo de la Dirección General de Personal (UNAM-ADGP, en adelante), expediente núm. 560.

¹¹ Me refiero a los tres textos publicados en la revista *Nosotros*. Martín Luis Guzmán, quien los describió como "ensayitos muy especiales y aéreos" no los incluyó en sus *Obras completas*. Alfonso Reyes los calificó de "sutiles estragos" y Pedro Henríquez Ureña prefirió no hacer ningún comentario sobre ellos.

¹² En sus *Apuntes autobiográficos* Alberto J. Pani menciona a Martín Luis Guzmán como integrante del grupo de civiles que no habían sido obligados a huir del país y que convirtieron un despacho de la calle del Espíritu Santo, hoy Motolinía, en "oficina revolucionaria de información, catequización y propaganda". Las mañanas de todos los domingos este grupo se reunía en el Salón de Billares del Café Colón. Al tiempo que jugaban "guerritas" con apuestas de unos cuantos centavos, los asistentes comentaban las noticias de los últimos alzamientos y recogían de labios de los empleados de la cantina del mismo

establecimiento las indiscreciones en que a Victoriano Huerta, asiduo parroquiano, lo hacían incurrir sus frecuentes borracheras. Alberto J. Pani, *op. cit.*, p. 181.

¹³ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, México, Porrúa, 1991, p. 35.

¹⁴ *Ibid.*, p. 37. En respuesta a este pasaje de la novela de Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos aclaró que la frase “la revolución ya tiene hombre” la pronunció en una entrevista sobre las victorias de Francisco Villa en Chihuahua y que “sirvió para que calumniadores interesados en esconder sus propias flaquezas” lo catalogaran como villista”. José Vasconcelos, *La tormenta. Segunda parte del Ulises criollo*, México, Editorial Jus, 1978, p. 53.

¹⁵ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 43-50.

¹⁶ Después de pasar la Navidad en Culiacán, Sinaloa, Martín Luis Guzmán se fue a Nueva York, donde estuvo —aparentemente sin misión diplomática alguna por cumplir— menos de un mes.

¹⁷ Martín Luis Guzmán/Alfonso Reyes, *op. cit.*, pp. 81-82.

¹⁸ Alfonso Reyes/Martín Luis Guzmán, *ibid.*, p. 83.

¹⁹ *Ibid.*, p. 84.

²⁰ Alfonso Reyes, “El suicida” ..., pp. 272-279.

²¹ *Ibid.*, pp. 275-276.

²² Carlos Riveros, “Recibo a nombre de Martín Luis Guzmán por entrega de armas y cartucho para el general Ramón Iturbe”, Sonora, 3 de marzo de 1914. Archivo Martín Luis Guzmán del Archivo Histórico de la UNAM (en adelante AHUNAM-MLG), caja 4.

²³ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 182-186.

²⁴ Rafael Zubarán, “Carta a Martín Luis Guzmán y Enrique del Valle”, Ciudad Juárez, 21 de marzo de 1914, AHUNAM-MLG, caja 4.

²⁵ Álvaro Obregón, “Telegrama a Enrique del Valle y Martín Luis Guzmán”, Navjoa, 1914, s/m, AHUNAM-MLG, caja 4.

²⁶ Ramón Iturbe, “Telegrama a Martín Luis Guzmán”, Culiacán, 1914, s/m, AHUNAM-MLG, caja 4.

²⁷ Enrique del Valle le envió a Martín Luis Guzmán, por entonces en Brownsville, Texas, un telegrama en inglés con el fin de advertirle que Rafael Zubarán, ministro de Gobernación del gabinete constitucionalista, estaba investigando su paradero y planeaba dar instrucciones para que lo interceptaran tan pronto cruzara la frontera. Enrique del Valle, “Telegrama a Martín Luis Guzmán”, El Paso, Texas, 16 de abril de 1914, AHUNAM-MLG, caja 4.

²⁸ Según José Vasconcelos, “Francisco Villa jamás le confió puesto alguno a Martín Luis Guzmán, quien más bien figuró como a látere de Enrique Lorente, un villista ciento por ciento”. De acuerdo con esta versión, Martín Luis Guzmán se asoció con Carlos Domínguez para montar un negocio de corretajes y cambio de moneda en el Paso, Texas. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 131.

²⁹ En el “Prólogo” a *Memorias de Pancho Villa*, Martín Luis Guzmán menciona que él tuvo el cuidado de poner por escrito, y con cuanta fidelidad textual le era dable, lo que decía Francisco Villa ante su presencia. Sin embar-

go, el destino de estas notas es un misterio más en su vida. Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*; 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, t. II de *Obras completas*, 1995, p. 10.

³⁰ Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p. 152.

³¹ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, p. 232.

³² Julio Torri, carta a Pedro Henríquez Ureña, *Epistolarios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 217.

³³ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 287-289.

³⁴ Hasta donde he podido indagar, la cadena de favores que reintegró a Martín Luis Guzmán a su casa de estudios y de empleo fue como sigue: Isidro Fabela, secretario de Relaciones Exteriores del gabinete constitucionalista, recomendó a Alberto J. Pani, a quien Venustiano Carranza le ofreció el Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. Alberto J. Pani declinó la oferta y propuso que Félix F. Palavicini ocupara el cargo mencionado. Menos de una hora después de que Félix Palavicini llegara a su nueva oficina, se presentaron ante él José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán para solicitarle trabajo. Pese a las resistencias del Primer Jefe, quien conocía a los candidatos “como intrigantes y desleales”, Félix Palavicini les consiguió empleo. Véase Isidro Fabela, *Mis memorias de la revolución*, México, Jus, 1977; Alberto J. Pani, *Mi contribución al nuevo régimen: 1910-1933. A propósito del Ulises criollo, autobiografía de José Vasconcelos*, México, Cultura, 1936, p. 209; Félix Fulgencio Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 207-209.

³⁵ Martín Luis Guzmán tomó posesión de su cargo el día 15 de septiembre de 1914. El 1° de octubre, Félix Palavicini, Encargado del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, informó a Valentín Gama, rector de la universidad, que el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista había tenido a bien disponer que se “dejara insubistente”, a partir de esa fecha, el nombramiento expedido en favor de Martín Luis Guzmán. UNAM-ADGP, expediente 506.

³⁶ *El águila...*, p. 256.

³⁷ En *Memorias de Pancho Villa*, redactado por Martín Luis Guzmán con base en la versión escrita de las conversaciones entre Francisco Villa y Manuel Bauche Alcalde, por un tiempo editor en jefe del periódico villista *Vida Nueva*, Martín Luis Guzmán describe esta controversia con Francisco Villa, pero sin mencionar el incidente, poco probable pero excitante, de la pistola. Martín Luis Guzmán, *Memorias de...*, pp. 505-506.

³⁸ Felipe Ángele presidía la comisión nombrada por la Soberana Convención Militar para entrevistarse con Emiliano Zapata y negociar con él la presencia de una delegación del Ejército del Sur en la ciudad de Aguascalientes.

³⁹ Martín Luis Guzmán fue encarcelado por órdenes de Venustiano Carranza en represalia por el amago de Francisco Villa en contra de Álvaro Obregón.

⁴⁰ La fotografía fue reproducida en Héctor Perea y Xavier Guzmán, *Martín Luis Guzmán. Iconografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 97.

⁴¹ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 305-317.

⁴² *Ibid.*, pp. 319-332.

⁴³ Archivo Casasola, *Historia gráfica de la revolución*, 2a. edición, México, s/f, tomo II, p. 834.

⁴⁴ Martín Luis Guzmán, *Memorias de...*, p. 553.

⁴⁵ Las distensiones se habían producido meses atrás, conforme Martín Luis Guzmán estrechaba vínculos con los villistas y, más tarde, con el general Lucio Blanco.

⁴⁶ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 364-365.

⁴⁷ José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 116.

⁴⁸ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 358-359.

⁴⁹ José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 116.

⁵⁰ En el currículum vitae elaborado por Martín Luis Guzmán se afirma que éste llegó a la ciudad de México por instrucciones de Francisco Villa y en calidad de consejero del general José Isabel Robles, a quien el gobierno de la Convención le dio el cargo de secretario de Guerra y Marina. En este documento también se dice que en septiembre de 1914 Martín Luis Guzmán fue nombrado coronel del Ejército Revolucionario y que su nombramiento fue reconocido por los generales Lucio Blanco y Francisco Villa. Según otras fuentes, Martín Luis Guzmán nunca tuvo un rango militar, aunque sí el puesto de secretario particular de José Isabel Robles.

⁵¹ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, p. 378.

⁵² Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 394-396.

⁵³ La cámara de Agustín Casasola captó este momento, uno de los más vistos y comentados de la historia de la revolución mexicana. Francisco Villa está sentado en la silla presidencial; a su izquierda, también sentados, están los generales Emiliano Zapata y Otilio Montaña, este último con una venda en la frente. De pie está Rodolfo Fierro, protagonista de "La fiesta de las balas", el capítulo más célebre de *El águila y la serpiente*. Archivo Casasola, *op. cit.*, p. 875.

⁵⁴ Véase Friedrich Katz, *Pancho Villa*, México, Era, 1998, t. I, pp. 30-44.

⁵⁵ Carta de José Vasconcelos, encargado del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, al subdirector de

la Biblioteca Nacional en la que informa que el Presidente Provisional de la República había tenido a bien nombrar a Martín Luis Guzmán director de esta institución. UNAM-ADGP, expediente 506, s/f.

⁵⁶ Según Javier Garciadiego, Martín Luis Guzmán fue nombrado director de la Biblioteca Nacional después de ser considerado como posible director de la Escuela Nacional Preparatoria. Poco después de su nombramiento, en diciembre de 1914, un grupo de maestros, funcionarios y estudiantes de la Universidad Nacional presentó una iniciativa de ley para dotar a esta institución de autonomía. José Vasconcelos no asistió a las negociaciones con este grupo, pero envió a Antonio Caso y Martín Luis Guzmán como sus representantes. Javier Garciadiego, *Duros contra científicos. La Universidad Nacional durante la revolución mexicana*, México, El Colegio de México/UNAM, 1996, pp. 286-287.

⁵⁷ También asistieron a este evento los generales Otilio Montaña, Manuel Palafox, Rafael Cal y Antonio Díaz Soto y Gama. Archivo Casasola, *op. cit.*, p. 897.

⁵⁸ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 431-451.

⁵⁹ José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 146-147 y 159.

⁶⁰ Martín Luis Guzmán, *El águila...*, pp. 431-456.

⁶¹ Nellie Campobello, *op. cit.*, p. 385. En *El águila y la serpiente*, Francisco Villa montaba un alazán tostado.

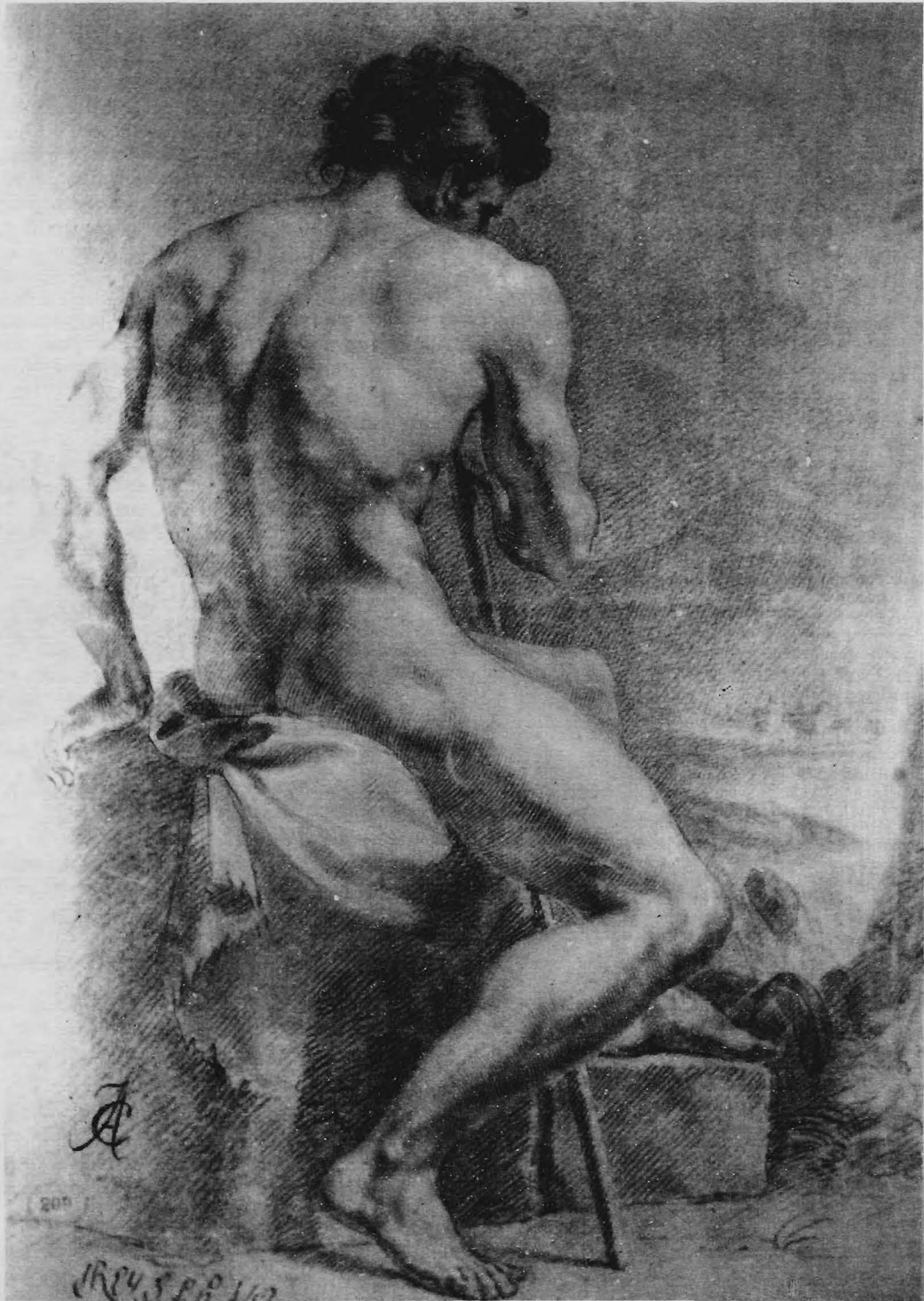
⁶² Martín Luis Guzmán, *Memorias de...*, p. 670.

⁶³ Fin de *El águila y la serpiente*.

⁶⁴ Friedrich Katz, *op. cit.*, p. 39.

⁶⁵ En *Memorias de Francisco Villa*, obra mucho más favorable al villismo que *El águila y la serpiente*, Martín Luis Guzmán describió esta conversación y "transcribió" la carta que supuestamente le enviara Francisco Villa para disculparse por no regresar a su servicio, como había prometido. Martín Luis Guzmán, *Memorias de...*, pp. 670-671.

⁶⁶ En una carta escrita el 17 de mayo de 1930 en Río de Janeiro y nunca enviada a su destinatario, Alfonso Reyes recordó que en 1915, cuando ambos vivían en Madrid, Martín Luis Guzmán realizaba propaganda en favor de Francisco Villa y que recibía dinero por ello. Alfonso Reyes/Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, pp. 134-141.



Gerónimo Antonio Gil (1731-1798), Academia, ca. 1795, lápiz de grafito, lápiz de carbón y gis blanco sobre papel pigmentado, 50.4 x 37 cm.